

EDITORIAL

LOS CAMINOS DE LA UNIDAD SE HAN CONJUNTADO

El Papa Juan XXIII, al convocar el Concilio Vaticano II, dijo que deseaba la celebración de un concilio ecuménico de la Iglesia Católica "para buscar los caminos de la unidad cristiana".

Cuanta sabiduría contenía este propósito nos la ha demostrado la historia del movimiento ecuménico moderno.

A raíz de la Conferencia misionera de Edimburgo (1910), los ecumenistas no católicos se trazaron fervorosamente sus propios caminos para llegar a la unión de los cristianos. Caminos que quedaron pronto dibujados, según los afanes de los tres conocidos movimientos ecumenistas de "Evangelización", "Vida y Acción" y "Fe y Constitución".

Al principio, cada uno de estos movimientos ponía todas las esperanzas en su "propia visión". Para los misioneros no había mejor camino que el de "la evangelización" (conversión). Para los hombres del "cristianismo práctico", todo estaría conseguido en el momento que los cristianos "trabajaran juntos en acciones concretas" de tipo social, educativo, benéfico, etc. Y para los "doctrinarios" el problema se resolvería en cuanto unos y otros aclararan los puntos de dogma y estructura apostólicos.

Por su parte, paralelamente, la Iglesia Católica también tenía trazado "su propio camino", el del "retorno". Camino que proponía, repetidamente, desde los documentos magisteriales de los Pontífices Romanos, que seguían la marcha hacia la unidad con sinceridad y responsabilidad.

¿A qué, por tanto, venía Juan XXIII pidiendo un concilio "para buscar los caminos de la unidad"?

¿Es que no estaban ya trazados? ¿Es que cabría buscar otros nuevos?